

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—PRESTIDIGITACION, por D. Francisco Flores Arenas.—UN PRÓLOGO DE NOVELA, por D. Eduardo Serrano Fatigati.—CORONACION DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA, por D. Julio Rosas.—CON MAL Ó CON BIEN Á LOS TUYOS TE TÉN, por Fernán Caballero, *continuación*.—GEROGLÍFICO.

PRESTIDIGITACION.

El martes último tuvo lugar en el teatro Principal un espectáculo de prestidigitacion en el que fué el protagonista el Sr. Macaluso, jóven italiano tan ágil de lengua como de manos, y que venia precedido del elogio unánime de la prensa extranjera y española, segun manifestamos en nuestro anterior número con exhibicion de pruebas; esto es, copiando los párrafos de los periódicos de París que de él hablaron cuando se presentó ante aquel público.

El primer efecto de su magia fué el conseguir que el teatro estuviese lleno aquella noche; cosa que no logra en cuaresma ni aun la *Traviata* aun con estar tan magníficamente cantada como lo ha sido siempre por esta compañía, y mas acaso que siempre, ahora que segun noticias se ausenta por algun tiempo, si bien dejándonos la esperanza de volver. El cisne diz que canta al morir mas dulcemente que nunca: nuestros cisnes operistas no mueren para nosotros, pero vuelan á otras regiones, y se despiden lo mejor que pueden para que sea mayor para el público el sentimiento de su temporal pérdida.

Despues de pedir á nuestros benévolos lectores el pase para esta digresion en lo que de tal tenga, volvamos al Sr. Macaluso, al que dejamos en abundante compañía ansiosa de verle trabajar, si bien en ella no podian faltar, como nunca faltan en tales casos, quienes fueran resueltos de antemano á no admirarse ni sorprenderse de nada, ya sea porque hay temperamentos de esta especie, ó ya porque todo lo hallan poco en un prestidigitador si no ven que nos hace pasar de un vuelo desde la luneta á la cazuela ó si no saca un elefante de una caja de fósforos.

El hecho es que cuando tanto y tan bueno en semejante género se ha visto, cuando la materia

no solo está esplotada hasta su último grado, sino punto menos que agotada, todo lo que puede exigirse de un prestidigitador es la limpieza y agilidad en el escamoteo; es que el ojo mas perspicaz y mas atento no pueda sorprender el secreto de la suerte, porque las cajas de doble fondo y los aparatos mecánicos no suponen destreza en el que ejecuta, sino habilidad y estudio en el que confeccionó el aparato.

Bajo este punto de vista entendemos que es como debe ser juzgado el Sr. Macaluso, y bajo este sin duda lo ha sido por los innumerables periódicos de dentro y fuera de España que de él se han ocupado, los cuales á su vez no debemos suponer que en su totalidad hayan estado en desacuerdo con los públicos ante los que escribieron.

Y en efecto, así considerado, difícilmente habrá quien niegue que es notabilísima la agilidad de sus dedos. Díganlo, por ejemplo, los cuatro pañuelos que apiña juntos y ata con una cinta, los cuales entre sus manos van disminuyendo progresivamente de volúmen hasta que desaparecen del todo, encontrándose despues dentro de una botella llena de vino. Dígalo la baraja de tamaño comun que despues de sobada aparece tan diminuta que apenas es el tercio de lo que fué, y dígalo en fin la suerte que llama *La California ó la lluvia de duros*, de la que haremos mencion especial á fin de dar con ello una idea así de la destreza del Sr. Macaluso como del carácter de su locuacidad; condicion que constituye la sal y pimienta de un juego de manos.

Despues de haber hecho callar á la orquesta aproximóse al público, y en esa especie de idioma franco que por fuerza tiene que usar quien no posee el del pais en el que trabaja, contóle como él, siguiendo el comun ejemplo del que es siempre forastero, habia jugado á la banca, perdiendo en una noche cuanto ganó pocas horas antes. Pelado que fué, dejáronle solo y mohino sus contendientes, mientras ellos marchaban gozosos, segun era muy natural. En su desesperacion, cogió la baraja causa de su ruina, y la arrojó con fuerza al techo: ¡mas cual no fué su asombro al par que su alegría al ver que cada uno de aquellos naipes se habia convertido en un napoleón! No temió ya desde entonces la mala suerte, y con el fin de pro-

bar que estaba siempre en su mano el repetir aquella maravilla, iba á ejecutar punto por punto lo de entonces, seguro de que el resultado habría de ser el mismo. Diciendo y haciendo despidió el Sr. Macaluso hácia las bambalinas la baraja, la cual no se vió subir ni mucho menos bajar. El afirmaba, no obstante, que veía las cartas trocadas en su nueva forma, y dando manotada tras manotada como el que coge moscas, de cada vez asía entre sus dedos un napoleon que arrojaba dentro de un sombrero, cuidando de buscar las monedas junto á las luces para que el público pudiese ver mejor el ejercicio. Al cabo de un rato se vieron en efecto reunidas todas las que habia ido recogiendo de los supuestos naipes de la baraja.

No sabemos si los descontentadizos habrán afirmado que puede escamotearse á la vista algo mejor que eso.

El telégrafo sin electricidad, como lo llamó el programa, no es sino una modificacion del fenómeno aparente de la doble vista. El Sr. Macaluso y su hermano se ponen en comunicacion por medio de un cordón de seda. El referido hermano se venda los ojos, vuélvese de espaldas, y colocado á distancia acierta, no solo los objetos que el otro tiene en su mano y que han sido recogidos previamente entre los espectadores, sino las mas pequeñas minuciosidades de ellos, como el valor de las monedas y años en que fueron acuñadas. También acierta la colocacion y orden de las cifras numéricas que por varias personas se han escrito, y la cantidad que todas unidas representan.

El Sr. Macaluso, que sabe muy bien distinguir de públicos, no intentó siquiera hacer un misterio de este fenómeno; misterio que era allí en efecto imposible. Manifestó que aquello, segun ya se comprendia, no era otra cosa que una combinacion convenida y estudiada, transmitiéndose en signos representados por los golpes de su varita sobre el cordón y apreciados por el ejercitado tacto del que recibia la impresion. Esto, sin embargo, no disminuye el mérito que hay en el estudio de combinaciones tan múltiples y las complicadas como exige la variedad de los objetos y la exactitud en los pormenores que en ellos se designan.

El tambor y la caja trasparente son tambien muy notables, porque estando uno y otro colgados de dos cordones y estos á su vez pendientes de una simple cinta que atraviesa de un lado al otro del escenario, no se vé medio alguno de trasmision que explique el mecanismo de la suerte. En el tambor, que desarmado se presenta antes al público, se oyen caer una tras otras las monedas que el Sr. Macaluso le arroja á distancia, y cuyas monedas le han sido entregadas por los espectadores que gustan, sin que de ellas se fije número. El tambor, en efecto, una vez desarmado se vé que las contiene. La caja está formada por dos cristales que se apoyan en un marco comun. Despues de colgada se la hace oscilar, las monedas se introducen en una pistola, y al sonar el tiro se las vé y se las oye caer dentro.

No diremos que esta suerte sea nueva, porque

en efecto no lo es tal; pero sí que fué ejecutada con la mayor limpieza. Decimos otro tanto de la denominada *correo de Tetuan*, ya aquí bastante vista, aunque con pormenores un tanto diferentes.

En otra, que consistió en hacer que por varias personas del público se escribiesen preguntas de las cuales una de ellas debia ser contestada en un pañuelo, suerte que en su esencia nos pareció sencilla, ocurrieron no obstante circunstancias que hicieron reir á los espectadores. Entre las tales preguntas, no todas en verdad oportunas para aquel sitio, hubo dos ingeniosas sin duda. Fué la una de un estudiante que pedia al Sr. Macaluso le enseñase un medio para ver de escamotear á su padre una mensualidad de su pension sin que este se apercibiese de ello, y la otra que poco mas ó menos estaba concebida en estos términos: «¿Podrá V. decirme lo que dijo Holofernes cuando al despertar vió que le faltaba la cabeza?»

La pregunta á la que cupo en suerte ser contestada decia así: «¿Seré feliz con mi amada?» El implacable pañuelo, una vez estendido, mostró un letrero donde estaba escrito: «Solo tres dias.» Si la prestidigitacion sirve por lo comun para producir ilusiones, en el presente caso pudo servir para destruirlas.

Recapitemos nuestra opinion, que es sin embargo tanto menos definitiva cuanto que solo hemos visto trabajar una vez al Sr. Macaluso.

Cada prestidigitador tiene sus especiales dotes. En unos nos entretiene la novedad de las suertes, en otros el ingenio en la confeccion y uso de los aparatos, en otros en fin la destreza en el escamoteo. En este último género es en el que sobresale el Sr. Macaluso, y en él es en verdad sorprendente, porque sus ropas son ajustadas, porque sus brazos hasta el codo aparecen siempre desnudos, y porque en sus ejercicios busca siempre la claridad de las bujías y parece desafiar á los lentes y á los gemelos asestados á sus manos, sin que ni unos ni otros alcancen á sorprender el secreto de su destreza.

A esto debe sin duda los honrosos testimonios que ha merecido á la prensa de las varias capitales donde ha trabajado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

UN PRÓLOGO DE NOVELA.

I.

¡Cuán dulce es dormir, recostado sobre la popa de una lancha, que surca el Mediterráneo, alumbrado por la luna!

Y despues de haber escuchado por mucho tiempo en silencio el cadencioso golpear de los remos, volverse á mirar la tierra que se aleja, las torres que dibuja la vaga luz de la luna como negras siluetas, y el faro que nos dá su último adios, apa-

gándose lentamente á medida que se aproxima la mañana.

¡Bien haya la mano creadora del Dios que hizo los mares, abrigos de la tierra, y poesía del corazón!

¡Bien haya el marino melancólico y taciturno que vuelve á su patria despues de haber escuchado el murmullo de las olas en todas las regiones!

¿Qué importan las tempestades y peligros de ese mar, que nos mece despues blandamente, como pidiendo perdon de sus antiguas locuras?

Es como la nodriza regañona ya y vieja que nos repele y castiga en sus ratos de mal humor, para volver despues á besarnos con mas fuerza en prueba de su cariño.

Si quereis una tumba libre de profanaciones, un espejo sin mentira, y una llanura sin aridez; buscadlas en el mar y solo en el mar.

El mar es el gran libro abierto de la creacion.

Sin él la tierra seria un gran desierto sediento de espacio, un corazón sin sangre, un amor sin contradiccion.

Sentaos sobre la popa de un bote que marche pesadamente: seguid con la vista las ondulaciones del oleaje y entonad solo para vuestros oidos una cancion marina.

Entonces sabreis lo que es el mar.

Entonces podreis apreciar lo que vale vuestro corazón, porque os lo dirán sus latidos.

II.

Así pensaba yo una hermosa noche de verano, paseando por la bahía de Valencia, en una cómoda lancha.

Los remeros cansados ya del largo paseo dejaban caer lentamente las palas sobre el agua, y la embarcacion era empujada por las olas á su antojo.

Yo miraba sin cesar los magníficos juegos de la luna sobre el agua y oia á lo lejos los ténues ruidos de la poblacion que dormia sobre la playa.

Por lo demás todo estaba en silencio.

De repente percibí el bien conocido rumor de una lancha que se acercaba á toda prisa.

Una forma blanca, flotante, voluptuosa, fantástica se destacaba en su negra popa.

Y á medida que se acercaba se oia mas distintamente una voz de mujer, fresca pero dolorida que cantaba á media voz la bellísima arieta del segundo acto de *Marina*.

Poco despues pasaba por nuestro costado como una exhalacion.

Lancha y mujer iban á desaparecer en breve de nuestra vista.

Pero yo que habia soñado en uno de esos hermosos ideales que sin descanso perseguimos durante toda la vida, al ver aquella aparicion, que mi fantasia detallaba con bellos colores, y que era una verdadera hermosura de espíritu, animé á los barqueros con la esperanza de una buena propina, y mi lancha se disparó como una flecha en persecucion de la de mi desconocida.

Al cabo de un cuarto de hora estábamos solo á tres ó cuatro brazas de distancia.

Pero la voz habia cesado y la lancha vogaba rápidamente en direccion á una fragata, anclada bastante lejos del puerto.

III.

La vision era tan encantadora como á mi imaginacion se habia aparecido.

Las lanchas emparejaron.

Y la mujer ó el ángel de aquel sueño recostada indolentemente la cabeza sobre uno de sus brazos.

Parecia bellísima.

Yo no pude resistir mas y dulcificando mi acento como si temiese lastimar sus oidos, la dije acercándome cuanto fué posible.

—Permitidme, señora, que os espere mi admiracion al veros sola y sin temor alguno en tal hora y en tal sitio.

Su respuesta se hizo esperar un momento que empleó en fijar en mí sus dulces ojos azules.

Despues en la lengua de Bellini y Donizetti, en el mas puro y dulce italiano que he oido jamás, me contestó.

—Yo vivo siempre sola con mi corazón.

Aquella lengua, aquel acento, aquella voz nacida para la música, como la del ruiñeñor, trastornaron mis sensaciones y pensamientos.

Y soñé verla conmigo en el fondo de una lancha, sin remeros estúpidos, sin cielo, sin agua, sin nada en el mundo mas que sus ojos clavados en los míos y su aliento absorbiendo mi aliento.

Ah! toda la vida por una noche de esa felicidad!

El ángel conoció mi turbacion y sobreponiéndose á los respetos de sociedad, añadió:

—Despedid vuestro bote y pasad al mio que os llevará á tierra: mis remeros son ingleses y no comprenderán una sola palabra de cuanto hablemos.

Una duda terrible cruzó por mi imaginacion; pero aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando estaba á su lado, pálido, trémulo, enamorado y sin mas pensamiento que mirarla, pero como se mira en su cuna al niño que hemos visto nacer, como se mira á la Virgen en su altar.

Mi antigua lancha partió hácia el muelle y la otra se alejó de la fragata.

¡Solos bajo el techo inmenso del cielo y sobre el inmenso sepulcro del mar!

IV.

Ella se abandonó al encanto de aquella estraña situacion.

Yo estaba dominado por un vértigo que no me dejaba descifrar lo que por mí pasó.

Y pareciamos dos antiguos amantes que volvian á recordar sus primeros pasos de amor.

—¿Eres poeta?

—De corazón, porque siento y amo mucho.

—¿Tendrás dolores!

—¿Quién es feliz en la tierra?

—También yo amo la poesía, porque es la música de la palabra.

—Luego tu lenguaje es la música.

—Canto para todo el mundo y solo vivo cantando para mí.

—Yo sería muy feliz contigo.... viviríamos eternamente juntos.

—Ah! no, es preferible que conserves una ilusión.

—Pero....

—Una ilusión sin realidad es el alimento de la vida.

—Y tú amas á otro....

--Qué te importa?

—Es que mi vida es tu amor.

—Mira como pasan las olas bajo nuestros pies: así pasan las impresiones.

—Es que tu impresión es la de un ángel que no se borrará jamás.

—Mañana crearás un sueño la existencia de esta noche, y será un recuerdo hermoso de tu vida.

—Pero un recuerdo que me matará diciéndome á todas horas que pudiera haber hallado la dicha en tus brazos.

—No me hables mas de tu amor: algun día comprenderás mi indiferencia y lo que esta noche hice.

—No tienes corazón.

—Me inspira este momento solemne y mis palabras no espresan lo que siento: escucha y calla.

Entonces el ángel sin nombre, la cantatriz ignorada, evocó la sombra de Bellini y la *Casta diva* brotó de sus labios como si saliese del corazón del gran músico italiano.

Yo aspiré con todas mis fuerzas aquella voz que me hacia tanto bien.

V.

Mis ojos se habían llenado muchas veces de lágrimas durante su canto.

Los suyos estaban fijos en el cielo que parecia abrirse á su acento.

No pude hablar, porque mis palabras tampoco respondian á los sentimientos que me agitaban.

Estreché convulsivamente una mano que ella abandonó entre las mias.

Estaba fria como un mármol.

Algunos minutos despues, la negra silueta del muelle apareció cerca de nosotros.

Yo queria huir de esa sombra, yo no queria separarme de mi querido sueño.

Pero no tenia voluntad para oponerme, ni palabras para hablar.

Y llegamos al desembarcadero.

El ángel me tendió otra vez su mano que yo estreché con ahinco, me miró con el mismo amor que una madre al hijo que por primera vez se aparta de su seno y me dijo melancólicamente.

—No me olvides muy pronto y adios: voy á la patria de Bellini que te estará agadecido por tus lágrimas.

Los marineros me empujaron hácia tierra, por-

que no podia moverme y la lancha volvió á partir.

Entonces recobré todas mis fuerzas, como si despues de magnetizado por un agente poderoso, me hallase libre de su accion.

Corrí á encaramarme en las piedras mas altas del malecon, y desde allí volví á ver el punto blanco, que indicaba la flotante vestidura de mi sueño de amor.

Volví á cantar el arieta de Marina con el mismo acento dolorido de la primera vez.

Y cuando lancha y sonidos iban á confundirse con las olas y el ruido del mar, oí un apagado *addio*.

Entonces me quedé inmóvil mirando al mar.

Y al amanecer me retiraba á mi alquería de la playa.

VI.

Dos años habían pasado desde aquella noche, y aquel sueño seguia siendo mi esperanza.

No habia olvidado la despedida del ángel.

Y leia con afán los periódicos de Italia, porque allí estaba la artista desconocida que tanto me habia hecho sentir.

Esperaba que una casualidad providencial me descubriese quien era, qué sentia, qué amaba, qué aborrecia ó qué podia esperar de ella.

Ninguno de los nombres hacian sin embargo palpar mi corazón, á pesar de reputarse como celebridades Europeas.

Pero llegó un día en que leí con asombro en un periódico de Turin lo siguiente:

„Por fin murió ayer en esta capital la simpática prima donna del teatro de Florencia signora Julietta Mauri. Hace seis dias se concibió aun la esperanza de salvarla. Notóse una gran mejoría en su estado y los médicos creyeron empezada la reaccion que esperaban. Pero su amor al arte á que ha dedicado su vida la acabó de matar. A pesar de las mas prudentes reflexiones se empeñó en salir á las tablas á cantar el aria *Casta diva*, para el beneficio de la segunda tiple. Nunca estuvo mas sublime. Ni la Grissi, ni la Alaimo, ni la Tossi, nos han hecho sentir jamás como Julietta las mil bellezas de ese delicioso trozo de la Norma. Pero al dia siguiente ya no daban los médicos esperanzas de vida. Ha muerto con la sonrisa en los labios y se dice que la ha llevado tan temprano al sepulcro un amor desgraciado.

En su testamento encarga espresamente que se entregue la misma aria *Casta diva*, copiada por su mano y con notas marginales, al caballero que desde España escriba narrando un hecho que solo su madre sabe. Este capricho de la malograda artista se cree indiscufible é imposible de cumplir.”

—¡Dios mio, es ella! amaba sin esperanza y yo la pedia su corazón!

.....

¡Ah! ya tengo su papel de música junto á mi pecho.

Está todo arrugado y cubierto de dolorosos consejos.
¡Ha llorado por mí!

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

CORONACION

DE

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

I.

Hay acontecimientos inmortales en la memoria de los pueblos.

Uno de estos acontecimientos, solemnísimos, grandioso, extraordinario, que inspira á la mente pensadora reflexiones profundas y consoladoras, ha tenido lugar en la opulenta Habana el 27 de enero de 1860.

Esta fecha será escrita con caracteres de oro purísimo, con caracteres de diamantes limpios y cristalinos, en la página, mas blanca, mas bella de la historia de la literatura cubana.

Italia corona al Tasso y al Petrarca, España corona á Quintana, Cuba corona á la Avellaneda.

La enamorada Safo, lucero de Lesbos, estrella de la poesía, que con la túnica ondeante y desparcada la larga cabellera negra, hacía repetir sus cantos inmortales á las niñas que la rodeaban, coronadas de florecillas azules y vestidas de albo ropage, obtiene el triunfo de la gloria en la academia griega. El amante de *Laura* y el amante de *Eleonora*, cuyas inspiraciones no perecerán jamás, son laureados con la corona del genio en el Capitolio Romano. La egregia Avellaneda, eco sonoro de las poetisas que nacieron á la sombra sagrada de los antiguos bosques del Helicon, recibe la apoteosis de su hermosa patria en el Liceo Habanero.

Las coronas de los duques y de los condes se heredan ó se adquieren á precio de oro, las coronas de los reyes y de los emperadores se heredan ó se usurpan; pero las coronas como la del Tasso y la del Petrarca, como la de Quintana y la de la Avellaneda, valen mas, mucho mas, porque ni se usurpan, ni se compran, ni se heredan, son las manifestaciones espontáneas de la admiración profunda de los pueblos; porque simbolizan lo bello y lo sublime; porque significan el homenaje que rinde la humanidad al genio creador.

II.

El gran teatro de la Habana, orgullo de la Isla de Cuba, presentaba un cuadro espléndido, brillantísimo, fantástico. Grandes espejos, estatuas y festones de verdura, decoraban el vestíbulo. Torrentes de luz, de perfumes y de armonías, llenaban los ámbitos del magnífico coliseo Cubano. Preciosos jarrones de perla y oro cuajados de flores frescas aun con el rocío de la mañana y colocados sobre

pilastras de oro y azul sostenian las guirnaldas amorosamente enlazadas en los vaporosos pabellones de gasa azul que festonaban los dorados antepechos de los palcos. Lujosas alfombras de color de grana tapizaban el salon de plata en cuyo derredor y en forma de herradura se estendian ocho filas de sillas ocupadas como los palcos por elegantes damas que transformaban el teatro en dorado canastillo lleno de las mas bellas flores del vergel habanero. Cada palco era un ramo de rosas vivas, cada círculo de sillas era una guirnalda de flores del jardín de la vida que embalsamaban con sus perfumes las ondas de la atmósfera. Todo lo mas notable que encierra la Habana en saber, riquezas y posición social se veía allí. ¡Qué perspectiva tan bellísima! ¡Qué cuadro tan suntuoso, tan encantador!

Aquellas hermosuras deslumbradoras que hacian pensar en el paraíso encantado de los poetas y de los pintores, aquellas perlas y aquellos diamantes que brillaban como estrellas caídas en las manos y en el cuello de las habaneras, aquellos trages riquísimos, aquel océano de flores, de seda y de encajes, aquella luz tan clara como la del sol, aquella atmósfera ardiente y perfumada, aquella exuberancia de vida, aquella juventud tan fresca y alegre, radiante de belleza y lozanía, aquel dulce éxtasis que inspiraban los cantos dulcísimos del violin encantado de White, gloria de Cuba, aquella armonía embelesadora que brotaba de los dedos del gran pianista Gostchalk, gloria de los Estados Unidos, aquella emocion indefinible que se reflejaba en todos los semblantes, aquel conjunto en fin, era un cuento fantástico de los árabes, uno de esos sueños de hadas que acarician los orientales en sus lechos de púrpura, una de esas escenas mágicas llenas de incomparable poesía que no podré describir jamás porque no hay pluma ni pincel que pueda conservar esos sonidos de perlas, esas miradas de fuego, esas sonrisas de seducción, esos rayos de la pedrería deslumbradora, esa embriagadora atmósfera de fragancia y de atracción que rodea á la mujer, esa luz, esa armonía, esas flores, ese encanto.

III.

La condesa de Santo-Venia y la marquesa de la Real Proclamación, componian la comisión designada por el Liceo para acompañar desde su morada al teatro á la famosa autora de «Baltasar» que ha llenado dos mundos con su nombre inmortal. La hermosa carretela que se habia adornado espresamente y con toda pompa para esta solemnidad, se detuvo en el pórtico del magnífico teatro donde la ilustre escritora fué recibida por una comisión de socios de la sección de literatura, presidida por el director general del instituto, quienes la acompañaron al palco que la habia sido designado, inmediato al de la presidencia y que se distinguía de los demás por las coronas de laurel que adornaban el antepecho. Acompañaban á la ilustre Avellaneda en el palco, la condesa de Santo-Venia, la marquesa de la Real Proclamación, la esposa de

director del Liceo y la distinguida poetisa Luisa Perez de Zambrana.

La Avellaneda llevaba traje blanco de moaré, collar de perlas, guirnalda de hojas de parra en la cabeza, y el alfiler de perlas y el brazalete de brillantes que la regalara la Reina de España.

IV.

Dió principio la funcion con un gran concierto vocal é instrumental en el que tomaron parte los principales artista de la ópera italiana, el eminente pianista anglo-americano Gostchalk que tocó acompañado del distinguido pianista cubano Nicolás Espadero, una brillante galop de bravura á dos pianos compuesta por él mismo, y el eminente violinista cubano José White que tocó una brillante fantasía sobre temas de canciones cubanas, compuesta espresamente para esta noche y dedicada á la insigne autora dramática.

En seguida los señores de la seccion de declamacion del Liceo egecutaron el drama en un acto *La hija del René* traducida del francés por la autora de *Alfonso Munio*.

V.

Terminada la representacion el escenario se decoró con cortinas de damasco carmesí. Al pié del retrato de la Reina y sobre una mesa cubierta de terciopelo carmesí se veía la magnífica corona de oro que la Isla de Cuba ofrecia á su ilustre hija.

La corona es de forma romana. Las dos ramas de laurel se entretajan sobre la frente y las estremidades opuestas del tallo se cruzan por detrás atadas con un lazo de oro en cuyas cintas de franjas esmaltadas se lee con caracteres romanos. *El Liceo de la Habana á Gertrudis Gomez de Avellaneda. Enero de MDCCCLX.* Las hojas son de oro mate produciendo lindo efecto las bayas bruñidas, imitadas del natural, cuyos menudos racimos resaltan á trechos entre las hojas. Esta corona ha sido ejecutada por el artista italiano Fermo Campiglio.

El conde de Santo-Venia, presidente del Liceo, tenia á su derecha á la célebre Avellaneda y á la poetisa cubana Luisa Perez de Zambrana, y á su izquierda á la condesa de Santo-Venia y á la marquesa de la Real Proclamacion.

El director general del Liceo leyó un discurso consagrado á juzgar el talento y las obras de la Avellaneda que la ponen al nivel de las primeras poetisas del mundo. Luego la señora Luisa Perez de Zambrana y los señores Borrell, José Fornaris, Enrique Zafra y José Socorro de Leon leyeron lindas composiciones en loor de la Safo americana.

El momento solemne sonó en el reloj del tiempo.

El conde de Santo-Venia presentó la corona á la condesa de Santo-Venia y á la distinguida poetisa Luisa Perez de Zambrana, la concurrencia se puso en pié; un himno entusiasta celebró el gran triunfo y la corona de la inmortalidad, la corona del Tasso,

del Petrarca y de Quintana ciñó la frente de Gertrudis Gomez de Avellaneda.

JULIO ROSAS.

CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TÊN.

(CONTINUACION.)

Tenia una mañana su niño en brazos, y para dormirle, le cantaba en suave y triste voz las estrofas siguientes de una antigua letrilla que recordaba:

Que no quiero amores
en Inglaterra,
porque otros mejores
tuve yo en mi tierra;
que cuando allí vaya,
á fé, yo lo fio!
buen galardón haya
del buen amor mio;
que son desvarío
los de Inglaterra,
pues otros mejores
tuve yo en mi tierra!

Su canto acabó en lágrimas; pues Regla, cual un pájaro de clara y brillante atmósfera, habia perdido en aquella tan fria y tan densa en que vivia, sus alegres gorgeos y ligeros voleos.

Abrióse en aquel instante la puerta, y Regla fué agradablemente sorprendida por la vista de un antiguo amigo de su marido, que este habia escogido por testigo de su casamiento. Así fué que le hizo una cordial acogida.

Mr. Folichon manifestó á Regla, con espresiones harto familiares, que la hallaba embellecida y mas linda que nunca. Preguntóle en seguida si le agradaba aquel pais, y si no echaba de menos el suyo. Al oír nombrar á España, los hermosos ojos de Regla se llenaron instantáneamente de lágrimas.

—Esto os parece muy triste, dijo su visitante; es natural. Aquí, en lugar de naranjas, hay patatas; en lugar de vino, cerveza; en lugar de sol, gas; en lugar de guitarra, maquinarias. Y la hija de las riberas de la bahía gaditana, que es el trono de la luz, no puede aclimatarse en el pais de la triste oscuridad. Así, es una inaudita barbarie el dejaros tan sola.

—Me acompañan mis niños, dijo Regla, mirando á su hija sentada á sus piés sobre la alfombra, y á su hijo dormido en la cuna.

—Esto no basta, repuso el visitante; á vuestra edad se desea disfrutar de otras compañías; de simpatía y de amor; del mundo y de sus placeres.

Mr. Folichon, diciendo esto, se acercó á ella atrevidamente y añadió:

—Siempre he sido vuestro apasionado, Regla.

No os lo he podido demostrar, porque Servando, con sus feroces celos españoles, os ha tenido secuestrada de todo trato, con lo que os ha proporcionado una vida triste y descolorida. Oh! yo haré vuestra existencia brillante y divertida; no languideceis oscura y solitariamente. Erguid vuestra cabeza, quebrad vuestra cintura, colocad un puñal elegante en vuestra liga, y os prometo que, la bella andaluza, hija de un picador de fama, la adquirirá europea bajo mis auspicios, solo con alargarle esa mano que Servando desdén.

Regla apoyó el pie en el suelo, y con este empuje hizo retroceder el sillón de rodajas, en que estaba sentada á una conveniente distancia.

—No quiero, ni deseo mas amor que el de mi marido, dijo; mas compañía, ni mas distracción que la que me proporcionan mis hijos.

—¿Pero acaso poseéis el amor de Servando?

—¿No lo habia de poseer su mujer, la madre de sus hijos?

El Sr. Folichon se echó á reír.

—Vamos, Regla, prosiguió: descendad de vuestros zancos al terreno llano de la realidad, y contestadme á la proposición que os he hecho.

—¿Os olvidáis, señor, que estáis hablando con una mujer honrada, que lo es de un amigo vuestro?

—¿Con la señora de Ramos, eh?

—Con la mujer de D. Servando Ramos.

—¿Hablaís formal, cara de rosa?

—¿Habeis venido á insultarme? exclamó indignada Regla; ¿esto es inaudito!!

—No, nó; he venido, como vienen los buenos amigos, en la necesidad, y cuando puedo seros útil.

—¿Desbarraís?

—No desbarro; pero desbarro seria en vos desear la suerte que os brindo. ¿Amais, pues, tanto á ese perdido que no hace caso de vos? ¡Vamos! si no hay como tratar mal á las mujeres, para tenerlas sumisas, amantes, fieles y satisfechas!

—No se trata de si estoy satisfecha ó no; se trata de mi deber. ¿Úsase acaso en Francia que las mujeres abandonen á sus maridos?

—Maridos como el vuestro, sí.

—Pues las españolas no abandonan ni á los buenos ni á los malos.

—Pero, señora, un marido como el vuestro, es de quita y pon; y no incurrireis en el delito de bigamia por tomarme á mí en su lugar.

—No os comprendo, ni sé lo que queréis decir. Lo que sí sé es que deseo que concluyais tan escandaloso tema.

—Pero ¿será posible, repuso con impaciencia su interlocutor, que hace tanto tiempo vivais, como el primer día, en el error craso de creer á esa buena pieza de Servando vuestro legítimo marido? ¿qué tengais aun aquella farsa, en la que por complacerle hice el papel de testigo, y mi ayuda de cámara el de sacerdote, por lo que vosotros los religiosos llamais un *santo sacramento* y la pulcra ley un *contrato indisoluble*? ¿Os fingís ignorante, ó lo sois realmente?

Regla, al oír estas palabras, por un violento impulso se habia puesto de pie; pero faltándole las

fuerzas para sostenerse, se apoyaba con una mano en el brazo del sillón.

—¡Famosa actriz! pensó el señor Arturo contemplando aquel rostro lívido, aquellos ojos asombrados, y el temblor nervioso que se iba apoderando de la infeliz. Conque, la dijo, ¿qué determinais? ¿Sereis por mas tiempo, con vuestra belleza y juventud, la víctima de ese déspota?

—¡Salid! dijo con honda y ahogada voz Regla.

—Y ¿acaso sabeis que Servando está en *The Fleet* preso por deudas, y que no teneis á quien volver la cara?

—Dejadme y alejaos, tornó á decir la infeliz con sus trémulos y descoloridos labios.

—Tened presente, prosiguió el *buen amigo*, que en Londres no tendreis, como en vuestro país, el *Meson de la Estrella* que á todos cobija. El de aquí, cuyas estrellas son de gas, es un soto vedado. Cuando os echen de esta casa el día que no la pagueis, sereis severamente perseguida por vaga.

—¡Idos, idos, gritó en su desaliento y desesperación Regla: ¡idos, ó pido socorro!

—Vamos, hermosa, ¡cachaza! como se dice en vuestra tierra, repuso su interlocutor: no os exalteis, ni irriteis vuestra sangre; que eso hace criar mala tez, y la vuestra ha ganado mucho con las frescas nieblas del Támesis. Dejaré que se calme esa vuestra sangre andaluza *mousseuse* como el vino de Champagne, y volveré cuando esteis mas serena y en disposición de apreciar lo que en vuestra situación vale un amigo; y se levantó.

Cerca de la puerta se volvió, y añadió:

—Lo primero que debéis hacer con esos niños... el señor Arturo iba á añadir: es llevarlos á un hospicio, pero al notar que Regla habia cogido á su niña en uno de sus brazos, y que echada de rodillas ante la cuna apretaba con el otro á su hijo contra su pecho, salió murmurando:

—No es sazón ahora. Vamos, estas españolas son energúmenas en toda especie de amores. Dejemos pasar la ráfaga. La necesidad me la traerá atada de pies y manos.

¿Qué extraño es que aquel hombre vagabundo, sin casa ni hogar, sin lazos domésticos, no comprendiese siquiera los hermosos sentimientos de los vínculos santos de familia?

Regla no tenia hacia su marido uno de esos amores obstinados, que ningún mal comportamiento entibia, que ningún desvío aleja, y que ninguna repulsa rechaza: amores que por cierto no nos simpatizan, porque no nos gusta el amor que es ciego, ni el que se impone á la indiferencia. Pero si no amaba ya con ternura y pasión al hombre cruel y vicioso que la habia abandonado, le conservaba un profundo apego, pues era su marido y el padre de sus hijos. Todo lo hubiese sacrificado por él y conservaba la esperanza, que tienen las mujeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez, los padecimientos ó las desgracias les volverán á traer á los extraviados, recibidos entonces por ellas como hijos pródigos. ¡Cuántos casos de estos se hallan! Pero el mundo ni los ensalza: ni repara siquiera en ellos: miles de plumas se emplean en poetizar

los sufrimientos y combates de la indigna mujer adúltera. Pero, ¡cuán pocas, en pintarnos el comun, aunque sublime tipo de la mujer de virtudes domésticas!!

—¡Madre, madre! repetía la niña abrazando á la inerte Regla.

Pero Regla no respondía.

Entonces la niña empezó á llorar con corazón encogido.

Al oír el llanto de su hija, Regla sacudió su posturación, y tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño. ¡Pobre mía..... pobre mía! esclamaba ahogada en sollozos. ¡Pobre mía! Qué suerte te han hecho tus padres! Tu madre te deshonorra, tu padre te reniega. ¡Estraños pasareis en la sociedad, hijos de mi alma, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser. Huérfanos morales, sin nombre, sin raices, sin filiación ni consanguinidad, sin mas amparo que el de vuestra pobre madre, que nada os puede dar, nada, sino la sangre de su corazón!

Regla se hizo desde luego cargo de su situación y de su completo desamparo: sabia de atrás que Servando caminaba á su ruina; que despegado de ella y de sus hijos, enfermo, estragado y embrutecido por los vicios, y por último, encarcelado, nada haría ni nada podía hacer por ella. En breve seria espulsada de la casa, en breve no tendría pan para sus hijos! A una sola persona conocia en aquella inmensa Babel, y esta persona solo se habia acercado á ella con el fin de abusar de su desgracia! Pero Regla tenia aquella energía innata en las almas honradas, que les dá el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.

Acudiré, pensó, á su familia, para que ampare á estos inocentes, ajenos á la infamia de su padre; y si me rechazan, alargaré la mano para mantenerlos, á la caridad pública allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohiba. ¡Oh España, madre mía! muera yo en tu suelo, y ampara á mis hijos! esclamaba, asiéndose su alma á su última esperanza.

¡España! país benéfico para los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez, y en donde se halla el magnífico tipo del pobre activo; no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque sabe las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tales como estas:

„No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.“

„Mas merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.“ (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que dá).

„Cuando un pobre te pide limosna, considera á Jesus que te dice: *Dame lo que te dí.*“

¡España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios; mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres, son fuegos fátuos, mudables, inconsistentes y sin calor.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante

groom (especie de paje caballista) la siguiente esquela.

„Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas; estais pues, libre, pero aun mas desamparada que antes. ¿Rehusareis todavía el amparo con que os brinda un hombre que os ama?“

ARTURO FOLICHON.“

Regla hizo entrar al enviado; le presentó la esquela, que en seguida echó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña de que llevase esa respuesta á su amo.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El hombre es capaz de cometer grande y espantoso disparate si se deja llevar del amor al oro.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

